



FRAGMENTO.

I.

..... La noche era de las mas frias de invierno, el cielo estaba cubierto de aplomados nubarrones, un viento norte soplaba con

violencia y la luna se dejaba ver por intervalos, tan pálida que se confundía entre los vapores que la rodeaban. Un hombre acaballo corre á rienda suelta por el camino que conduce á la Abadía: el fatigoso resuello del cansado animal da á conocer lo mucho que ha corrido aquel día, y el misterioso viagero, envuelto en una larga capa burda, lanza de cuando en cuando un suspiro, y arrima de nuevo la aguzada espuela á los hijares de su caballo, el cual, haciendo un nuevo esfuerzo, redobla la carrera y atraviesa inmensos desiertos, perdiéndose entre el ramaje, como se pierden los recuerdos del hombre en el abismo del tiempo. Caía una menuda lluvia, mezclada con nieve, que el viagero no procuraba evitar cubriéndose el rostro. ¡Ah! que noche tan espantosa, decía: ¡todo parece que lleva el sello de la reprovación! Los árboles despojados de sus ojas se me figuran otros tantos esqueletos que me tienden sus descarnados brazos. ¡Isaura! ¡Isaura mía! ¡Ah! ¿por qué no puedo ofrecerte un apellido ilustre? ¿Por qué has preferido al hombre que te adoraba á otro con mas blasones, pero con menos virtudes? ¡Te han sepultado en esta espantosa soledad adonde la tiranía, secundada por la piedad, ejerce el horrible derecho de la fuerza!... No, virtuosa *Isaura*; aun siento *Ramiro* latir su corazón con violencia; aun corre con precipitación por mis venas un líquido encendido.... Sí, aun te estrecharé entre mis brazos y recogeré de tus labios un suspiro que me vuelva la felicidad.... Asoma en esto la luna y descansa un rayo tibio de luz sobre su abatida frente: tenía los ojos fijos en el cielo, con una mirada tan sublime y espresiva, que se leía la terrible agitación que abrigaba en su alma: absorto en tan melancólicos pensamientos salta los torrentes, bordea los abismos y vaga por entre las tinieblas como el espíritu de un condenado.

Un rumor ligero, parecido al de un ropage de seda flotante, lo saca de su enagenación, tiende en rededor sus espantadas miradas, y ve que por un lado de la senda salía una muger vestida de blanco, oculta con un largo velo. Tal vez, dice, será alguna desgraciada, que vuelve de algun cementerio vecino de llorar sobre la tumba de algun objeto querido de su corazón; pero cual fue su sorpresa al notar que aquella muger misteriosa le hacia señas de que se apease y la siguiese. Le ocurre si será alguna intriga amorosa. "Os equivocáis, la dice, con voz balbuciente: yo me llamo *Ramiro*," y solo los ecos le contestan. Su alma se llena de pavor, siente un frio mortal y conoce que el valor le abandona; pero el objeto que lleva en su corazón le fortalece. Se apea, ata el caballo á un tronco y se dispone á seguir á su silenciosa conductora. Ya habian andado un buen trecho, cuando de repente se para la vision; con una mano le impone silencio y con

la otra le da á entender que escuche. *Ramiro* no respira, y al cabo de un breve momento se oye la lejana campana de un reloj que da las doce: á su fúnebre sonido lanza un agudo gemido la fantasma y desaparece.

II.

Se hallaba en una espesa selva poblada de sauces, cuyas ramas agostadas se encorvaban hasta el suelo; una masa negra se descubria á lo lejos, en cuya cúspide reflejaba y desaparecia la amarilla luz del astro de la noche, semejante á un agigantado espectro, que haciendo horrorosos visajes se sepulta en la oscuridad. ¡Allí! exclamó con voz ahogada *Ramiro*, allí se marchitan los hermosos días de *Isaura*: ya se habrá apagado el fuego de su alma; separada del resto de los mortales tenderá alguna vez una lánguida mirada sobre este destierro inculto, exhalará un suspiro que irá á perderse entre esas áridas rocas, y sus ojos derramarán una lágrima que nadie recogerá.... ¡Mónstruos!.... No pudo proseguir: abatido por el dolor se apoya contra el tronco de un árbol, que al mecerse, desprendiéndose del agua que contenian sus ojas, parecia que enternecido acompañaba con su silencioso llanto al del desgraciado *Ramiro*. Se levanta, y con vacilante paso se dirige por lo mas intrincado de la maleza y llega á una larga calle de cipreces. Camina largo espacio insensible á los torrentes de agua y fuego que se desprenden de las nubes. Parecia el Dios de la destruccion en el dia del trastorno general de la naturaleza; su frente, marcada con el sello del dolor y su mirar siniestro, hacia una horrorosa harmonía con el funesto graznido del buho, que desde las cúpulas del monasterio daba lastimeros ayes. Una cruz, colocada en medio del camino, detiene los pasos poco seguros del infeliz, que postrado en tierra hace una corta plegaria al Altísimo, y despues se encamina al edificio. Todo yace en silencio, solo una luz débil se divisa al través de las celosías de una ventana del segundo piso; aquella luz siniestra alumbra tal vez á la desventurada *Isaura*: no sabe á quien preguntar; pero un negro presentimiento le hace padecer un horroroso suplicio. Se acerca á la portería, cree oir pasos, y á poco la voz de un hombre que se dirigia hácia la puerta rezando. Abre y ve salir á un anciano hermitaño sostenido en un cayado. Su noble fisonomia inspira confianza á *Ramiro*, que le dice: "Buen hombre, no os asusteis de encontrar un viviente en estos sitios tan solitarios á estas horas y con tan terrible tempestad; soy un desgraciado....— "Qué, ¿os habeis perdido? dijo el anacoreta, interrumpiéndole. No ten-

:

gais cuidado, os quedaréis en mi cabaña." — Os agradezco tan humano ofrecimiento; pero, decidme: ¿sabeis si en este monasterio mora una joven llamada *Isauru*? — ¡*Isaura*! ¡Dios mio! exclamó el anciano. ¡Un destino fatal ha emponzoñado su existencia! ya no existe.... hace poco.... á las 12 espiró.. — *Ramiro* escucha inmóvil; una sonrisa diabólica se asoma á sus labios cárdenos, pronuncia entre dientes algunas palabras atropelladas, y dejándose al hermitaño en las gradas del pórtico desaparece entre la maleza.

III.

Pasados algunos dias las monjas aseguraban que al salir de maitines habian visto deslizarse una sombra por entre las columnas de la galería que conducia al cementerio. Una mañana se oyó tocar la campana, y á poco se reunió la comunidad en derredor del cuerpo de un hombre, que arrodillado sobre el sepulcro de *Isaura* habia lanzado el postrer suspiro.... era *Ramiro*.

J. P.

Un Niño.

Tierna flor, desprendida de los cielos,
Para cual mis primeras ilusiones,
Nunca el cierzo fatal de las pasiones
Marchite tu frescor!

Nunca al negro pantano de la culpa
Te arrastre su huracan seco y ardiente,
Nunca se imprima en tu rosada frente
La huella del dolor.

Los labios de una madre cariñosos
Solo liban tus labios nacarados,
Blandos como los vientos deliciosos
Que mece el avelul.

Y apoyado en sus pechos con cariño,
Ya dormido al calor de su regazo,
Puro y feliz sonries, tierno niño,
¡Quién fuera como tú!

Tú al soplo del placer feliz te meces,
En tanto que juguete del destino
La copa del dolor hasta las heces
Mi seco labio apura.

Y naufrago en la vida, sin un puerto,
Se pierden mis acentos de amargura,
Cual se pierde una arena en el desierto,
Cual se pierde una estrella en noche oscura.

Ven con tu suave aliento,
Celeste cual tu inocencia,
Mi tormentosa existencia
Purifica Angel de paz.

Y ese plácido contento,
Y ese reir y esa calma,
Bañen mi angustiada alma
Dè un angélico solaz.

Ven, y apoyado en mi pecho
Que abrasador fuego acaba,
Serás entre ardiente labia
Un matizado clavel.

Tus caricias mi despecho
Y mis caricias no teman
Que sé que mis labios queman
Y nunca te vesaré.

Sé que en este mundo impio
Emponzoña mi presencia,
Y sé que está á mi existencia
Encadenado el dolor....

Vuelve á tu madre, hijo mio,
Con tus gracias celestiales,
Y sus besos maternos,
Récompense con tu amor.

Y deja que en la vida, sin un puerto,
Se pierdan mis acentos de amargura,
Cual se pierde una arena en el desierto,
Cual se pierde una estrella en nube oscura.

A. DE ALFARO.



MARGARITA LAMBRUN.

Margarita Lambrun, natural de Escocia, que habia estado muchos años al servicio de Maria Stuarda, se hallaba dotada de una imaginacion viva y de un ánimo resuelto y varonil. Su marido no pudo sobrevivir á la trágica muerte de la desgraciada princesa, de la que habia recibido tantos beneficios; espiró de dolor, y su muger resolvió vengar la muerte de ambos. Disfrazada de hombre se presentó en la corte de Isabel bajo el nombre de Antonio Sparks. Llevaba siempre consigo un par de pistolas; la una para dar muerte á la princesa y la otra para dársela á sí misma y evadirse de las manos de la justicia. Un dia que atravesaba la multitud para acercarse á la Reina, que se paseaba en los jardines, se la cayó una pistola; los guardias que lo notan la aseguran y ya la conducian presa, cuando la Reina manda detenerla para preguntarla su nombre, patria y calidad, á lo que respondió con firmeza diciendo: "Señora, soy muger aunque me veis en este traje; me llamo Margarita Lambrun, he servido ha muchos años á mi señora la



Reina María, á la que mandasteis matar con tanta injusticia; su muerte causó la de mi marido; amaba á ambos y resolví con es-
posicion de mi vida vengar su muerte con la vuestra; estuve lu-
chando largo tiempo para separar de mi, idea tan horrorosa, mas
mis esfuerzos han sido infructuosos; la razon y una fuerza irresis-
tible impiden que una muger deje de vengarse, cuando el amor
»interviene é incita á la vengaza." Aunque la Reina tenia motivo
de enmudecer con tal discurso, sin embargo, conservó una apa-
rente tranquilidad y la dijo: "Creías hacer tu deber y satisfacer el
»amor que profesabas á tu señora y á tu marido; pues bien, ¿cuál
»piensas es mi deber en este lance?" Margarita replicó con entere-
za: "daré á V. M. mi parecer con tal que me haga el gusto de de-
»cir si he de considerarla en este caso como Reina ó como juez." Is-
abel contestó: "como Reina." "Entonces, dijo, debeis conceder
»el perdon." "¿Qué seguridad me das, interrumpió aquella, de
»que no emprenderás segunda vez tu proyecto?" A lo que Marga-
rita contestó: "Señora; el perdon que se concede con trabas no es
»perdon; así pues, V. M. puede obrar como juez." Al oir esto Isa-
bel se dirigió á varias personas de su séquito y las dijo: "Hace
»30 años que ocupó el trono, y en este largo tiempo no recuerdo
»haber hallado quien me diera semejante leccion." Le concedió el
perdon sin restriccion alguna, aunque el presidente del consejo la
instaba á el castigo. Entonces Margarita suplicó á la Reina la con-
cediera una escolta hasta llegar á las costas de Francia, lo que se
consideró como un rasgo de prudencia de esta muger.—J. S. y P.

ILUSIONES DE LA VIDA.

Mi Diosa.

Yo fui joven de cortos años y amé como la mariposa, sin fijar-
me en ninguna de las bellezas que devoraba con mis miradas de
fuego. El aroma de los placeres me causaba una impresion viva,
pero pasagera, y dormia tranquilamente el sueño de la inocencia,
como el niño que ha corrido durante el dia y en el dulce letargo
de la noche ve confundirse y cruzarse mil diversas imágenes de
placer y de risa. Mas llegó el dia en que debiera fijarse mi cora-
zon: abrí los ojos, miré y quedé prisionero. Era una divinidad
destacada del cielo la hermosa que el cielo me déparó. Nada de hu-

mano habia en esta criatura sino la forma: el resto era una obra de los dioses, una obra divina: ¿qué importa que vistiese un traje mundano y habitase en la sociedad? Los ángeles tambien son espíritus, y la religion nos los presenta bajo imágenes corpóreas. Mi hermosa era una de esos seres que el pincel del artista empapado en carmin coloca entre celages de oro, fingiendo que se mece en el ambiente como una pluma del Paraíso. Yo la apellidé *mi Diosa*, porque creí que fuese inmortal y cuando reposaba entre el cespéd de un jardín, yo ponía el dedo en mis labios y presumía imponer respeto al céfiro para que no desordenase sus rizos. ¡Reina de Pafos y de Gnido, tú que lees cuanto se halla escrito en el interior de los amantes! ¿qué descubriste en el mio? Imagino que leistes estos renglones que despues vi trazados en una hoja marchita que el viento arrastró hasta mis pies: "Soy feliz, amo y me hallo correspondido de una *Diosa*: la mitología es la historia de los amores y falta en ella una preciosa página. ¡Mil veces sea bendito el destino que me llama á ocuparla!"

Estos recuerdos, que eran los caracteres grabados con un buril de fuego en mi corazón. El tiempo y el trato acrecentaron mi delirio. Yo llegué hasta el extremo de no tener otra imagen que adorar que la imagen de *mi Diosa*. Pendientes mis ojos y mi voluntad de sus menores movimientos, placíame la muerte si salía esta palabra de sus labios, despreciaba al hombre, porque era inferior en naturaleza á la virgen de mis pensamientos, y leía en su sonrisa las concesiones de mi felicidad y en las nubes de su frente los decretos de mi despecho.

¡Cuántas ilusiones agradables, cuántos placeres risueños se deslizaban y fundian á un tiempo en esta imaginación, en esta hermosa linterna de sombras májicas que nos dió el Omnipotente!

Ayer entre todos los periodos de vida y de felicidad fue el dia en que atravesaron por el cristal los cuadros mas pintorescos y de mas vivo colorido: era el dia de mi desposorio. Desde el amanecer los parientes y los amigos vinieron á felicitarme: yo no veía á nadie, no podia ver sino á *mi Diosa*. Llegado al pie del altar escuché los armoniosos sonidos de la música del coro y fijé mi atención porque juzgué que los ángeles rasgando las celestes nubes saludaban á la desposada. Nada pude entender de las ceremonias porque á mi lado habia una divinidad, las palabras del sacerdote eran divinas y yo creía profanar aquel cielo presentándome en él con los despojos de un hombre. Luego que salimos del templo pensé descubrir una aureola de luz que circundaba la cabeza de mi ninfa.

Se concluirá.